

## textos

### el presente

**vivir puede matar**, *Los Soprano forever. Antimanual de una serie de culto*, Errata Naturae, Madrid, 2009.  
Ignacio Castro Rey. *O Picón*, 4 de julio de 2009

Siguiendo esta serie nos sentimos otra vez modernos, al día. Morales, pero permisivos. Pacifistas, pero aptos para la violencia. De izquierda, pero duchos en capitalismo. Correctos y eficaces por la mañana, aunque un poco más perversos a partir de la siete (una hora antes en Inglaterra y Francia). En fin, todo son beneficios, en esta serie de culto, para los personajes de culto que somos. Los restos de clase obrera, inmigrante o autóctona, no pueden entender estas sutilezas. Pero sí nosotros, intelectuales, periodistas, profesores llamados a participar en un ancho orden social que ha de coquetear con lo escabroso.

Para poder soportar la desvitalización de lo que llamamos cultura necesitamos creer que seguimos en el mundo. Necesitamos visualizar una y otra vez aquello de lo que creemos estar salvados, lo que podemos deconstruir, aquello de lo que nos libramos. Nos situamos entonces cerca del mal, sin prejuicios, con una mirada por fin analítica, y lo vemos además en pantalla. Si la policía realmente funcionase, si la justicia funcionase, si la democracia funcionase... no habría esta materia prima, basada en una historia real, y no existiría tampoco tal serie. Ni Los Soprano ni este género de entretenimiento que tiene la función de recordarte todo lo que podría ocurrir, aquello de lo que estás salvado precisamente porque lo ves en la televisión, sentado confortablemente a este lado de las cámaras. No es así, esto es falso. Y como la sociedad no ha conseguido integrar el mal de vivir, entonces hacemos películas que barren el exterior, que lo analizan para hacernos sentir más seguros, para acallar el temor de que afuera hay algo clave y de que nos estamos perdiendo la vida. Una función que no deberíamos desdeñar de la televisión y el cine, y Los Soprano utilizan ambos medios, es la ilusión de que el mundo nos acompaña y sigue ahí. ¿Por qué Los Soprano se ha convertido en una serie de culto? Porque es necesario "matar" lo que queda del tiempo y esta serie lo hace bien, con instrumentos de altura libres de la cultura de la queja. Intentaré mostrar que esta función es muy digna, aunque menos inocua de lo que parece.

Mientras tanto, otro beneficio moral de esta entrega es comprobar que los criminales no son todos iguales y que podemos conocer sus diferencias. Estarían rodeados por las cámaras, cercados por el cordón sanitario de nuestra investigación sociológica. De nuevo, esto es más que dudoso. Desde fuera, no tenemos ni la más remota idea de cómo funcionan las cosas en los centros de poder, probablemente de manera mucho menos épica y menos existencial que todos nuestros cuentos de hadas. Con la violencia de Los Soprano, al fin y al cabo espectacular, doramos la violencia discreta que ejercemos a diario, nos distanciamos de sus formas más groseras, más criminales. Para empezar, ya tiene delito que volvamos a escoger la *vulgata* de la comunidad italiana en Estados Unidos, aunque la serie haga esfuerzos heroicos por escapar de los tópicos.

#### I. Sin noticias de Tony

De alguna manera, el hilo argumental de Los Soprano tiene sus puntos nodales en los momentos donde no ocurre nada. Esa mirada desconcertada de Tony al policía negro que acaba de conseguir que despidan; esos momentos de silencio embarazosos; esa lenta indecisión en la consulta de la psicóloga... Digamos que, exagerando un poco, la acción gira en torno a la detención poética igual que el tiempo

cronológico gira en torno al pánico o la magia de un instante. Como cuando Tony recuerda la estampa de la chica asesinada salvajemente por su compinche y le dice a su hija Meadow, desorientándola: "¿Sabes que eres lo que más quiero en el mundo? Si te ocurriera algo, no sabría...". Ella sonríe desconcertada, dice algo así como "Papá, ¿te ocurre algo?" y sigue con alguna faena casera. Esta serie es buena en cuanto asume el vacío, le da algún lugar a la ambigüedad de vivir. Digamos que asume esa verdad que dice que lo serio hace serie, que lo discontinuo provoca una continuidad, un eco. Exagerando otra vez, toda la acción está jalonada por momentos "poéticos" donde no sucede nada, donde el tiempo se coagula, se desmaya en el silencio, y la narración se reinicia, sigue después casi como si nada. Igual en la economía formal que en la informal, el vacío de la especie acompaña como una sombra a las tareas de la empresa. En tal sentido late una contradicción en Los Soprano (pero tal vez se trata de la ambivalencia misma del tiempo), entre la discontinuidad esencial de sus momentos culminantes y la necesidad de darle continuidad a la serie. Sería curioso que los autores de la serie se hubieran atrevido un día a sentar a la mesa de los Soprano a un novio poeta de la hija, y no a esos mediocres que tiene por amantes.

En cualquier caso, lejos de lo que pretende algún crítico un poco simple, Tony no representa la imagen de "un mafioso gordo, follador, glotón y maquiavélico". Todo eso está ahí, claro, pero es la cáscara de una yema que los críticos casi nunca prueban. Lo que hace a Los Soprano especiales no es la acción al estilo Scorsese, sino una metafísica de nuestra *soledad multitudinaria*, del círculo vicioso de nuestro poder sin objeto. El bienestar infeliz, el malestar funcional es lo que constituye la sombra de esta narración, su espectro. Tony apenas tiene descanso, como todos nosotros, debido al malestar de nuestra empresa continua, a la necesidad de rehacer continuamente su álgebra *contranatura*. A pesar de su evidente inteligencia, de su fuerza física y moral, de su notorio poder armado, la humanidad intermitente de Tony, sus temores y sus crisis de ansiedad provienen no tanto de tal o cual consecuencia orgánica de sus acciones cuanto de la soledad del poder, de un poder que *ha abandonado la vida*. Quiero decir, del hecho de tener que soportar una telaraña donde las decisiones se toman mientras el sujeto ni siquiera vive consigo mismo, apenas se acompaña de las voces de su biografía.

Que se me entienda: no digo que el problema sea que Tony no lee a Heidegger. Digo simplemente que él es también un ejemplo paradójico de esta *corrosión del carácter* que nos impide leer el laberinto del pasado, encontrar un tuteo con su enigma. En este sentido, como todos nosotros, Tony en un aislado hiperconectado, está separado de la sustancia mortal que, invertida, constituiría una subjetividad dueña de sí, "feliz". Las conversaciones frecuentes con su psicóloga J. Melfi giran en torno al análisis interminable de esta irresoluble impotencia.

Él es conservador, expeditivo cuando puede. Lo intenta todo para ser un gángster normal, un eslabón más de una larga tradición familiar, pero una y otra vez tropieza con obstáculos existenciales y morales para los que no está preparado. De ahí que se haga progresivamente complejo, insensible, encallecido. Su propia mujer está tocada por la fragilidad de dudar, su hija entiende demasiado bien los poemas de Robert Frost para que todo discurra con la fluidez propia de la simple economía. Una vez más, no hay ganancia sin pérdida. Mientras el crimen se normaliza, siguiendo el ejemplo de la sociedad entera, los criminales sienten cómo en su carne entra la duda, la imprecisión, la ansiedad, el tedio que rodea a la normalización. En esta ficción de un mafioso cercado por la dificultad de vivir reside lo más real, lo que más engancha de esta serie, aunque al mismo tiempo eso la excluya del éxito masivo de Falcon Crest.

Por mi parte creo en los héroes, creo que son necesarios para sobrevivir. Y no para sobreponerse a las catástrofes, sino a la terrible normalidad de vivir. Cada cual ha de ser un héroe para encontrar la épica sin la cual la vida no se sobrepone a su fracaso constante, a su fragilidad más íntima. Y Tony Soprano es un héroe, hay que decirlo, aunque tal vez un poco trabado, excesivamente dependiente de las tradiciones y

del *qué dirán*. En realidad, Carmela y Tony se hacen querer porque, a pesar de su dinero y poder, son víctimas también de la degradación del vivir que ha sucedido en el mundo moderno. Los dos se pasan el día haciendo encaje de bolillos para que todo encaje.

Una de las lecciones metafísicas de Los Soprano podría decir: Ten más miedo de la mirada de los hombres que de las armas. No está mal. Más acá de la violencia eventual que se pueda desatar, en la gran familia Soprano el problema es una muerte natural que no necesita verdugos. El peligro es el desánimo y el fracaso, la tendencia a la entropía, la ruina lenta de las cosas. Y esto no sólo porque los mafiosos, como todo el mundo, se pasen media vida en el médico, estén acosados por el estrés, el ataque cardíaco (ese "asesino silencioso", dice uno de los capos) o el cáncer. No sólo porque El Estado, Hacienda y la Policía les acose, como hace más o menos con nosotros. Sobre todo, porque estos hombres armados de New Jersey están cercados también por el silencio, la ambigüedad, la infidelidad, el no saber, la tristeza de no ser queridos, todas las caídas posibles de la existencia. En nuestra vida, que consideramos real, pasa lo mismo. Nunca sabemos muy bien cuál es el argumento, quién escribe el guión. A veces sólo podemos decir, como ellos: Está bien, repartan cartas, seguimos jugando.

## II. Corrupción & homeostasis

Una de las propuestas cínicas y "postmodernas" (lo sé, odiamos la palabra) de esta serie es que la corrupción, el crimen, la violencia está imbricada en nosotros y no es tan mala, no es necesariamente espectacular o aberrante; posee un rostro humano y un sinfín de matices... Tiene gracia que Los Soprano se corresponda con un momento en que *America*, como ellos dicen, haya expandido su poder a todo el planeta. Recuerden que todos los capítulos comienzan todavía con la imagen de las Torres Gemelas, antes que ese otro Tony apellidado Laden, ni mejor ni peor que el nuestro, moral y a la vez despiadado, haya decidido dar un golpe de mano en el equilibrio mundial entre las bandas. Cierto, una de las lecciones políticas de Los Soprano es que el mundo está "balcanizado" y siempre se dilucida *entre bandas*. ¿Quién, qué nación o intelectual se atreve a ser independiente de ellas? Estaría obligado a afrontar el desierto del exterior en solitario, a *escuchar* la existencia. No está claro que nuestro entrañable Tony, por lo demás todo un hombre, se atreva a tanto.

De cualquier manera, este costumbrismo italianizante nos acostumbra. Jamás comen otra cosa que no sean platos italianos... y se pasan el día comiendo. No quieren casar a sus hijos con judíos, odian a los negros. Los criminales son gente como nosotros: luego, nosotros somos como ellos. En este punto, Los Soprano conecta de manera muy moderna con la línea general de adaptación al relativismo moral que impera desde hace un tiempo. No hay ya ninguna zona que separe el bien del mal, lo moral de lo inmoral, lo legal de lo ilegal. No sólo el entorno de Tony reproduce todos los matices morales, económicos y existenciales del cuerpo social entero, con una división de papeles donde conviene no confundir quién es quién. Además, la sociedad bienpensante que les rodea, incluida la policía, no deja de mezclarse con ellos, interactuar y hacer negocios con ellos, a veces sin saber muy bien con quién están tratando. Como tampoco lo sabemos nosotros, pues cualquiera de ellos nos recuerda a algunos de nuestros jefes, a algún pariente cercano, a personajes que conocemos.

Aunque, claro, siempre nos podemos preguntar, ¿por qué no extender esta saludable lasitud moral, más allá de la entrañable comunidad italoamericana, a toda la estirpe de los hasta ayer considerados criminales? Al magma de Al Qaeda, a los proxenetas rusos en Inglaterra, a los estafadores piramidales de Wall Street, a los banqueros, a nuestros desvergonzados políticos multimillonarios... Y algunos de ellos tienen su épica, sin duda. En efecto, la corrupción no es separable del orden social como el agua del

aceite. ¿Acaso Tony Blair es más inocente que Tony Soprano? No lo parece; incluso podemos ver más humano, hasta un poco poeta, al segundo. Soprano porta armas, el otro no. Pero, insisto, el problema no está en las armas, sino en los ojos de los hombres. Y en este punto nuestro Tony es un pardillo. Al menos en esta ficción, el jefe de la Familia mira al rostro de los otros. Y el otro Tony no, sólo atiende a encuestas electorales, masas vociferantes, temas estrella y pantallas azules. Francamente, da más miedo el británico.

Hagamos entonces, decía, una auténtica deconstrucción de nuestras aversiones de ayer, rehabilitemos a traficantes kosovares y asesinos de Black Water y veamos cómo el mundo se expande. Con él, según se dice en ciertos ámbitos, veremos también nuevas posibilidades de mercado. Pero tal vez los realizadores de Los Soprano tienen intenciones políticas más modestas, o más cómplices. Mostrando las peripecias de un grupo de italoamericanos armados al norte de Nueva York parece que el resto, periodistas, políticos municipales, escritores y profesores de filosofía, resultamos absueltos. En *The nickel ride*, en *Fat city*, en *Delitos y faltas* (¿recuerdan, pasaron por allí?) la metafísica, y la ambivalencia moral del crimen, era un poco más atrevida. Por no hablar otra vez de Dostoievsky. Claro que el control serial de la televisión exige también mensajes más diluidos. Por ejemplo, ¿cómo se podría mantener el proyectil "te quiero", o "te odio", en 80 episodios?

Junto con alguna otra, nuestra serie tuvo una de sus claves en una elegante alianza de sentimiento y brutalidad, de violencia y sentimentalidad, mezclando de paso el calor mediterráneo y el mito de América. En realidad, Los Soprano no dejan nunca de representar una alegoría de la corrupción media que invade Occidente, sólo que en este caso, liberando el polo prohibido (no tan prohibido) de la violencia. No es muy distinto, sin ir más lejos, el abuso de poder en el medio universitario, antes y después de Bolonia. Recuerden esa feudalización de las relaciones, las prebendas, las promesas cumplidas e incumplidas, la coacción, las bandas, las servidumbres de todo tipo, también sexuales... A diferencia de nosotros, ellos sin embargo no tienen reparos en acudir al crimen cuando la situación lo requiere. Y eso nos reconforta.

En resumen, Los Soprano podría tener un doble efecto psicológico y político. De un lado, la serie viene a decir: la mejor prueba de que nosotros no somos unos corruptos es que existen los gánsteres y que nosotros no somos así, no ejercemos la violencia física, no matamos. Necesitamos saber que se le puede machacar la cabeza impunemente a una chica de veinte años para sentirnos mejores, para confirmar que no nos va tan mal. Una vez más, en esta época de definición digital, la grosería analógica de lo físico (igual que en el campo del maltrato doméstico) se convierte en prueba irrefutable de agresión. De otro lado, como toda la violencia televisiva, la serie nos permite sublimar nuestra sed de sangre, la que nos falta. Permite la liberación de lo reprimido, del odio que llevamos dentro por todo *lo que no ha ocurrido* entre nosotros debido al hecho de ser civilizados y tener escrúpulos. Tony también los tiene, eso le hace cercano, pero lejos de nuestro miedo cobarde a lo ilegal, de nuestra fe en la Democracia y con una moral bastante más laxa. De alguna manera, el éxito de esta serie "de culto" es que nos retrata idealmente en los estratos más altos. En verdad, sería estupendo que nuestras mafias oficiales fueran tan interesantes, aunque esto le segase la hierba a los dramas televisivos.

Igual que en nuestras bandas medias de poder, en Los Soprano casi nadie es *bueno*, casi nadie es *malo*. Lo que está organizado, de un modo familiar, es la neutralidad. "Si quieres participar en el espectáculo, cincuenta dólares y una mamada", dice a las chicas candidatas el matón que vigila uno de los garitos. A ver, que me lo expliquen: ¿qué es lo que "hace serie" aquí, qué es lo que nos engancha en este tipo de escenas? O bien la situación nos impacta por lo marciana que es, al no tener ninguna relación con nuestra cotidianidad. O bien, por el contrario, nos hace gracia porque sólo lleva al extremo los *peajes* que pagamos en nuestros diversos escenarios. Me inclino por esto último, o por una indecisa combinación de

ambas posibilidades. ¿No es esa frase una forma grosera de decir lo que oímos por todas partes, sea en la sacrosanta Empresa o en la Universidad? Entre nosotros todo gira en torno a un automatismo cuyo motor sólo secundariamente es el dinero. En el primer plano late la adherencia de lo social y el laberinto intrincado del poder, esa necesidad de estar *dentro*. En suma, el temor a estar solo, a ser un marginal, y la adhesión gregaria que esto provoca en torno a la eficacia de algunos cargos. El grupo de Tony discurre, igual que nuestros medios, según la lógica de la indiferencia organizada. Como decía Nietzsche, cuatro no se ríen si un quinto no pierde un dedo. En cierto modo, el juramento de la familia Soprano es la cultura del miedo, el miedo a lo que hay afuera: las bandas rivales, la infidelidad, los negros, los hispanos, la pobreza, la poli. Ellos, naturalmente, son conservadores, sin que les falte un punto de invención, de novedad diaria. ¿Qué pensaría Obama de esta serie? ¿Y Michael Moore?

### III. Regulando el tiempo

Me había olvidado de decirlo: Los Soprano no funciona si no tienes costumbre de ver la televisión. La adicción es el modelo de las series, enganchar al espectador dentro de una sociedad a su vez enganchada hasta las cejas. Es aquí donde algunos tenemos algún problema, filmico, moral y político. Es normal, se me ocurre, que después de tan continuado éxito, los responsables no sepan muy bien cómo terminar la serie y los críticos dopados con las dosis regulares reconozcan que el último capítulo les supo a poco. Igual que la publicidad corta los telefilms, para reiniciarlos después de una visita a la nevera, así los capítulos terminan, dejándonos en suspenso hasta la siguiente entrega. No es casual que lo serial sea un invento moderno. Se corresponde punto por punto con el pánico de nuestra sociedad al tiempo sin regular, a la vida sin organizar, a la sorpresa que nos puede dañar. Dándole forma espectacular al exterior, las series de coches o de telefilms, garantizan la homogeneidad interior del tiempo, ayudan a regular las horas en nuestro monasterio global. En este aspecto, con su energética presencia, Tony Soprano y los suyos trabajan para nuestra empresa general de seguridad. El ocio que nos sirven en el nido de nuestro retiro, con una imagen peligrosa de la vida, debe hacer más llevadero volver mañana al trabajo. La oficina, el Tour de Francia: la alternancia funciona para que, por en medio, no se cuele nada.

Empresa continua fundida con la vida cotidiana, la comida, las bromas y los afectos, Los Soprano son también significativos de la simbiosis entre el capitalismo puro (según Weber, éste habría nacido de la superación del afán salvaje de lucro) y la protección cálida, la ayuda mutua que brinda una comunidad. En tal sentido, la serie se adelanta a este capitalismo popular que ha triunfado por doquier, de Barcelona a Miami. La creación de David Chase se regodea en el crimen con rostro humano que constituye la norma de nuestro mundo deconstruido. Todo es aquí de guante blanco, policías y ladrones, como corresponde al mundo desarrollado donde agonizamos. En él la impunidad es otra de las constantes del poder, como si el único freno a su abuso estructural fuera la conciencia, esta moda de la ética, nuestro hastío o nuestro buen gusto. Efectivamente, la desaparición del Estado, la impunidad de las cien formas de maltrato en esta complejidad nuestra, es algo infinito. Aunque, hay que decirlo, nos gustaría escuchar de vez en cuando que la justicia existe, que la policía existe, como todo ese entramado legal subsiste ahora profundamente corrupto, Tony Soprano se ve obligado a debates morales consigo mismo que antes un hampón se ahorraría. No hay ganancia sin pérdida.

No estoy muy seguro, pero es como si Tony exigiese a su entorno lo que aquel policía de *Días contados*: que el rival reconozca solamente que también él tiene miedo. Todo el mundo debe tener miedo, conciencia de los límites. Y es esa carencia lo que para él hace repugnante a su primo Ralph, capaz de dejar tuerto a uno de los suyos, de matar a una joven embarazada o de ofender a una mujer del clan. Después de ver *Funny games*, en fin, esa noche pudimos al menos soñar con las armas, que no nos dan

miedo. Pero Los Soprano nos dejan en este punto indefensos. Las armas valen de poco en un mundo donde la flexibilidad es la principal virtud.

Aléjate de los que no tienen modales, de los que son infieles, de la violencia gratuita. Cuida a tus hijos y a tus hombres. Engaña de vez en cuando a tu mujer, pero no la ofendas, protégela y cuidala. Una de las moralejas de esta serie hipermoral es que hay que aprender a moverse en todos los terrenos, que en la corrupción y en el crimen también hay que distinguir a aquéllos con los que se puede negociar. Cosa que, por otra parte, es lo que hace día a día Justicia, Hacienda y los sucesivos Ministerios de Interior en todas partes, con sus investigaciones programadas, sus filtraciones calculadas, sus amnistías negociadas y su protección de testigos. Con Los Soprano el culto funciona dentro de una especie de equilibrio homeostático. Necesitamos el crimen para saber que nosotros no somos criminales, para sentirnos progresistas, seres legales. Esta alternancia epistémica, fondo de la alternancia política, tiene en el entorno de Tony una estupenda variante *cool*. Si no, no se explica la fascinación de tanto intelectual que no rompería un plato. Como diría Foucault, la mejor prueba de que somos libres y progresistas es que el hampa está ahí, enfrente, y que podemos analizarla, dividirla, tratarla por partes. Al fin y al cabo, Chase y su equipo no han elegido para nuestro recreo a una banda cualquiera. La televisión de calidad y las series de culto funcionan en contraste con las series baratas, donde la violencia sin matices y los efectos especiales campan a sus anchas. Un poco lo que decía Baudrillard con respecto a la dialéctica entre la porno y el buen sexo. La mejor prueba de que el sexo aún existe es que la pornografía brutal se oferta; la mejor prueba de que la felicidad aún existe es que a alguna gente aún le va peor, como lo demuestran día a día las noticias.

Vuelvo sin embargo sobre un detalle que ayer podía preocupar a algunos. El éxito de Los Soprano nos recuerda que necesitamos un estado de excepción donde nuestras normas no funcionen, un coto de caza donde se pueda producir la catexis. Un planeta donde se permita el machismo, un campo de tiro donde se pueda dar rienda suelta a la agresividad que reprimimos en la corrección de lo visible. En tal sentido, esta hora televisiva de cada capítulo se asemeja un poco a la excepción de nuestra noche urbana o de nuestra tarde de domingo, donde se liberan los instintos cohibidos durante la semana. Hasta cierto punto, inteligentemente modulado, Tony representa el envés de nuestra patética impotencia. Es follador y nosotros ya no follamos. Es glotón, y nosotros estamos a régimen. Puede ser brutal y nosotros ya no podemos gritar, ni siquiera cuando nos humillan, excepto en el fútbol y en el karaoke. No permitiremos en nuestro entorno que alguien maltrate a su compañera, pero nos gusta saber que esta perfección funciona frente a un mundo brutal donde esto no es así. Sin esa brutalidad no seríamos nada. Tenemos que tratar con ella y tolerarla, a diferencia de lo que hacemos con la "barbarie" de las naciones exteriores, porque es la violencia *de los nuestros*. Ya se sabe, los italianos, y el propio Berlusconi, son parte de la democracia; tienen dinero y a veces, hasta clase. No hace falta leer a Edward Said para adivinar aquí, en este acercamiento relajado al hampa de New Jersey, un resorte de nuestro racismo. Europa entera, la correcta Dinamarca, la Francia culta, los intelectuales de Chicago, todo este planeta democrático sería insoportablemente aburrido sin creer en esta *America*, sin la esperanza de que cerca existe un mundo fascinante y peligroso del cual nos separa un delgado papel de fumar. El infierno de los otros nos hace reales.

De ahí el regusto moral de no ser como ellos, aunque se nos parezcan mucho. Cuando Tony se indigna por la muerte brutal de esa joven puta que está embarazada, todos acompañamos a Tony en esa indignación. Cuando se compadece de un poli negro que han degradado en el cuerpo por su culpa, todos sentimos el mismo remordimiento. Tony Soprano experimenta día a día casi la misma impotencia que nosotros. Su hijo se ha vuelto incomprensible y sospechoso; su hija entiende los poemas de Frost, pero a cambio los chicos le parten con frecuencia el corazón; la amiga de Meadow se deprime, su novio judío la

deja sin contemplaciones, por ser "demasiado negativa". Uno de los momentos más violentos que he visto en la serie es cuando el novio le dice a Meadow que la abandona sin apenas mirarla, sin apenas explicarle nada. Y ella consiente, en vez de partírle la cara, como si la escena fuese normal. De hecho, demostrando la complicidad interna de nuestra alternancia, la hija de los Soprano acabará apoyando organizaciones humanitarias.

Los subordinados de Tony meten la pata cada dos por tres. Él tiene crisis de ansiedad, como nosotros. El Estado le persigue, como a nosotros. Tony representa la deconstrucción en el campo del crimen y Derrida no podría sentirse muy frustrado al seguir estas entregas. Además, ¿nuestra vida no es ya *por entregas*? Te quieren a plazos, no sólo en el banco; te maltratan a ratos, no sólo en el parque de atracciones; te diviertes en franjas horarias separadas; te contratan a tiempo parcial. Sueñas solamente con tapar agujeros. Entre las horas extras y la amenaza del paro apenas tienes término medio. Vives de cualquier manera excepto con una continuidad que naciese de tus límites, de tu experiencia. Propiamente hablando, ya no hay *experiencia*, sino "experiencias" sectoriales, a veces a buen precio. Así esta serie, continua y discontinua a la vez, se acopla muy bien a nuestra vida por entregas. Digamos que hace que nuestra vida a plazos sea más llevadera, más *normal*. Si Tony, que es todo un hombre, vive continuamente interrumpido y tiene que visitar al psiquiatra, ¿de qué vamos a quejarnos nosotros?

Hay que reconocer que, para ser televisión, Los Soprano no está mal. Aunque, por favor, hace falta también una imagen muy pobre de la historia del cine (ignorar *Ordet*, *The outrage*, *Providence*, *Accatone*, *Los olvidados*, *Madre e hijo*) para considerar a esta serie como una parte de la historia del cine, de un cine "de primera". Los Soprano es parte del encierro doméstico, de este toque de queda tardomoderno. Es parte también de una televisión que, precisamente, no tiene historia porque el impacto de cada logro está superado por el índice de audiencia del siguiente.

Esta visión tópica de los italianos, francamente, es un poco yanqui, además de televisiva. Siempre les vemos comiendo (nunca caldo gallego), haciendo negocios, calculando, cumpliendo ceremoniales, retándose... ¿Y bien? Sólo la gente que ha perdido la naturaleza y vive en el mundo de la "cultura" puede sentir una continua fascinación por este guión. Está bien hecho, discurre cargado de matices, de personajes no maniqueístas. Pero, en suma, tiene el defecto de la tele: la vida, para quien no la tiene asegurada, es demasiado intensa y corta para atender a esta oferta por entregas. Pensando en esta experiencia mortal que se decide en un momento, creo que Sokurov dijo en algún sitio: no os dejéis robar una hora, en una hora puede ocurrir algo crucial. Es comprensible que los realizadores de una serie para la televisión no puedan tomar en serio este consejo. Sin embargo, sí podemos los que hemos conseguido mantener una buena relación con la violencia de vivir, tengamos la relación que sea con las armas. De ahí que no consideremos a esta serie imprescindible. Aunque nos guste las pocas veces que estamos clavados en casa, dicho sea de nuevo.